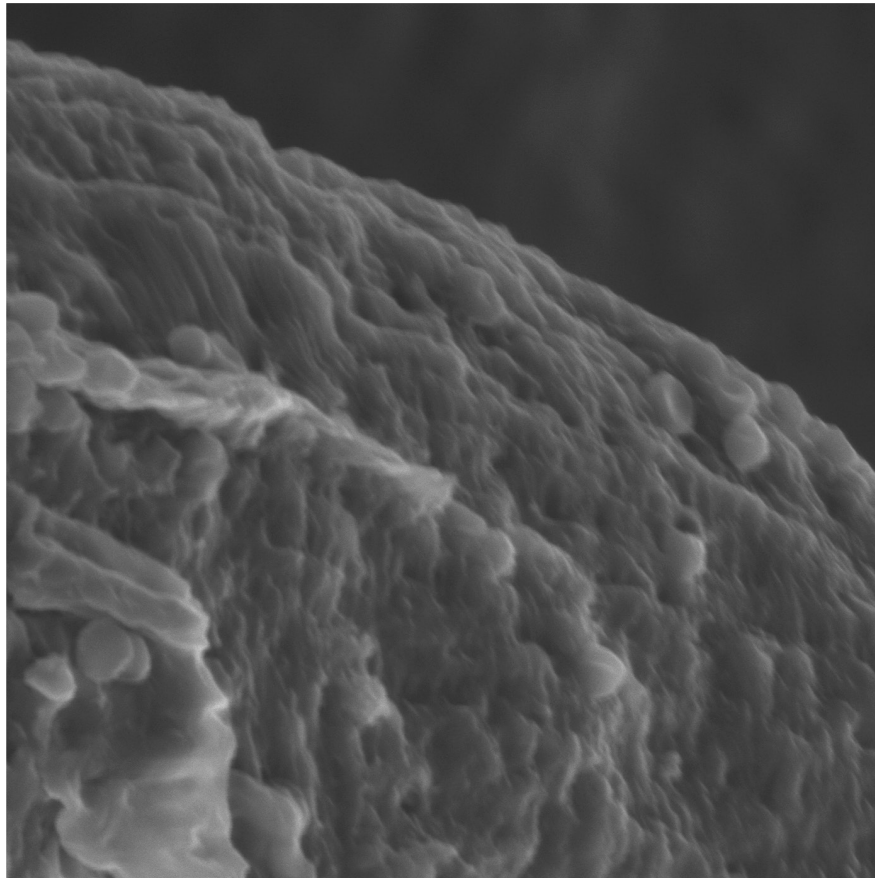


■ Formación de oído interno

Técnica: Microscopía electrónica de barrido

Superficie de la zona mas alta de la cresta ampular, donde se localiza el neuroepitelio convergiendo células del rombencéfalo y de la cresta neural, las cuales constituyen un tejido altamente sensible a los cambios posicionales, constituido por células de sostén y células ciliadas en diferenciación, las cuales se organizan en hileras para formar especializaciones de membrana del tipo de los estereocilios.



Fotografía 4

6/13/2008 11:38:32 AM | HV 2.0 kV | Det ETD | Mag 2500x | VacMode High vacuum |
Fotografía realizada en los laboratorios de la Universidad Nacional de Colombia |

 20.0 mm

Zoila Castañeda Murcia, orcid.org/0000-0002-3139-6832 OD, MSc.
Facultad de Medicina, Universidad El Bosque, Colombia.

© Todos los derechos reservados. Esta fotografía no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, sin el permiso previo de la autora.



Reseña crítica

Contra la memoria



Autor: David Rieff

Editorial: DEBATE

Número de páginas: 208

ISBN: 9788499921198

Un cuento de Borges titulado “Funes el Memorioso”, habla de un personaje asombroso por su capacidad sobrenatural para la evocación, una persona capaz de reconstruir cada día vivido con tanto detalle que le puede tomar otro día completo su milimétrica reconstrucción en un “minuto a minuto”, como lo haría un periodista que narra en vivo. Cada pensamiento una vez pensado, se le vuelve perenne e imborrable, al igual que cada sentimiento, cada experiencia, cada acontecimiento. Él nada olvida. En un mundo en el que la realidad supera la ficción, no sabemos cuántos de estos casos inverosímiles sucederán realmente, ni cómo será posible la vida en esta condición extraña. El diagnóstico médico más acertado para Funes sería ‘hipermnesia’ o ‘hipertimesia’.

Imaginar un colectivo humano con las características de Funes sería un cuento maravilloso, pero también un desafío histórico. Si David Rieff fuera el autor de este cuento hipotético, que podría llamarse “El pueblo memorioso”, sería la historia de un Estado-Nación cuyo obstinado culto a la rememoración del pasado compartido, tendría un precio muy alto para este pueblo. Un costo solo redimible con sangre y vidas humanas por medio de un estado permanente de guerra, en proporciones tan altas, que al final del cuento, esta comunidad tendría dos opciones: ceder en su memoria histórica colectiva a favor de la propia supervivencia, o llevar al límite el cobro de deudas históricas impidiendo su convivencia.

En los libros de historia y los textos de reporteros de guerra, se habla de algunos pueblos obsesionados con la rememoración, muchos no perciben ni se cuestionan acerca del precio que deben pagar por su obsesivo ejercicio de evocación. Pero en estos pueblos, a diferencia del pueblo hipotético del cuento, la historia se deforma cada vez que vuelve a ser contada y a fuerza de iteradas conmemoraciones se mantienen siempre abiertas las heridas, porque en muchos casos, es el sino trágico compartido lo que unifica a los colectivos. El odio, el rencor y la rabia contra un enemigo común, unen.

“Contra la memoria” es una sentida reflexión en torno al modo como dosis excesivas de rememoración, inevitablemente,

Ana Camila García

orcid.org/0000-0001-6370-6906

Facultad de Medicina, Universidad El Bosque,

Bogotá D.C., Colombia

garciaana@unbosque.edu.co

enardece la guerra entre pueblos ya enfrentados. Es un texto sugestivo, fruto de la experiencia del autor como reportero de guerra en infaustos enfrentamientos, como los de Kosovo, Ruanda, Liberia, Sierra Leona e Irak; pero sobre todos ellos, en Bosnia:

“[...] Aquella masacre (es de una inexactitud repugnante llamarla guerra, pues los serbios tuvieron las armas y la pericia y, durante casi todo ese periodo, las Naciones Unidas y las grandes potencias hicieron todo lo posible para impedir que los bosnios tuvieran acceso a las armas necesarias), emponzoñó para siempre mi idea de rememoración. Es inútil pretender una objetividad de la que en efecto carezco [...]” (p. 13),

se lee en el prefacio del libro.

Creemos demasiado en la literalidad de la memoria, aunque investigaciones de neurobiología muestran el modo como, toda vez que una persona recuerda, el pasado se reconstruye y se altera de manera paralela. El fenómeno colectivo es aún más complejo: el concepto de memoria colectiva, hijo de la modernidad y asociado al inicio de los Estados-Nación, es profundamente problematizado por David Rieff. Se trata de una ‘memoria’ que atraviesa generaciones y espacios-tiempo, por lo cual no se basa en la experiencia directamente vivenciada por cada persona que comparte colectivamente recuerdos. No es, pues, una memoria de la misma cualidad que la memoria individual, sus ‘recuerdos’ van más allá de la propia experiencia subjetiva; es por ello más ilusoria y volátil que la memoria individual y, con demasiada frecuencia, transmuta en mitos los recuerdos. Las naciones suelen transformar la historia en evocación y las tragedias en mitos fundacionales.

La memoria colectiva se construye rememorando hechos dictados por la tradición y la ritualidad, distanciándose acentuada pero imperceptiblemente de los hechos acaecidos. Toda memoria es emotiva y está viva; no es estable, neutra o estática, se transforma en el vaivén del recuerdo y el olvido, ajena a sus propias transformaciones. Historia y memoria no son equivalentes para ningún pueblo, y es mucho más sobre la segunda que se soportan las identidades nacionales. Mientras siente las bases para el apasionamiento colectivo de las naciones, la exactitud de los hechos recordados y narrados es absolutamente secundaria. En este punto, el autor parafrasea a Nietzsche:

“[...] no hay hechos, sólo interpretaciones –y, más adelante– la interpretación que prevalezca en un momento dado, es una función del poder y no de la verdad [...]”.

Yo considero este punto discutible, la memoria en los seres humanos y los seres vivos en general, no necesariamente es consciente, como nos lo enseña la epigenética, pero este es otro asunto. En todo caso, muchos pueblos están unidos justamente por aquello que los distancia de los otros; y, cuando se rememora con esta memoria colectiva, lo más recordado son las tribulaciones en común. Aquí, de nuevo, hay una distinción entre la memoria individual y la colectiva: recordar eventos traumáticos en una terapia psicoterapéutica puede ser parte de la curación para un paciente, pero para los colectivos es distinto. Según Renán, citado por el autor, los pueblos valorizan más los sufrimientos compartidos que las victorias en común; además, para ellos no hay terapias y los efectos de la rememoración sistemática de eventos traumáticos se ha mostrado políticamente peligroso.

En el libro, hay una pléthora de casos históricos como el de los armenios, pero sobre todo se alude mucho al judaísmo, una religión que se tornó pueblo de bases bíblicas, aquel que más obstinadamente enfatiza en nada olvidar. La historia ha mostrado que es también un pueblo bastante limitado en su capacidad para el perdón, la reconciliación y, claro, para el olvido. Por eso se lee en el epígrafe del libro, una cita de W. B. Yeats: “Un sacrificio demasiado largo puede tornar piedra el corazón”.

Al decir todo esto, Rieff va evocando la conmoción de la guerra para quienes la viven y, con ello, el deseo enorme de que llegue pronto su fin duradero, la desesperación, la urgencia perentoria por salvar la vida. Por eso, justamente, la propuesta de este ensayo es considerar la importancia del olvido para la salud y la vida de los colectivos; propone el olvido en dosis justas para evitar guerras, es decir, aquello que Nietzsche llamaba ‘olvido activo’. Con mucha frecuencia, la memoria histórica, siempre selectiva, interesada y poco rigurosa, enardece los ánimos, agujonea rencores y aviva malestares; para evitarlos, el perdón no resulta suficiente.

Los Estados-Nación son hijos de una paradoja: la fuerza centrípeta a la que se deben, es la misma fuerza que los mantiene separados de los otros, de manera que la puesta en marcha de la propuesta del autor, al promover el olvido de aquello que genera la pasión necesaria para la posible venganza colectiva, probablemente generaría también debilitamiento del sentimiento de unión y razón de ser de las naciones. Por ello, expresa la convicción de que así como las naciones tuvieron inicio, tendrán un fin, que la organización

del mundo en Estados nacionales es artificial e histórica, por lo tanto pasajera, aunque se trate de un pasaje de larga duración.

Con una escritura amena e interesante, Rieff va desarrollando sus argumentos valiéndose de su experiencia vital y referenciando textos clásicos de política, filosofía y, muy fuertemente, de poesía. Evoca poesías que homenajean héroes de guerra y glorifican el nacionalismo, como “Por los caídos” de Binyon, publicado en *The Times* en 1914 y escrito para enaltecer el heroísmo y la valentía de quien va a la guerra por una causa, y siembra con su sacrificio orgullo y recordación para el pueblo. Cita también “Fin de oficio” del gran poeta indio Kipling, recitado una y otra vez en conmemoraciones de guerras nacionales, y “Ozymandias” de Shelley, sonetos a la grandeza de la memoria esculpida en piedra y convertida en monumento que enfrenta los ventarrones del tiempo. El libro termina con los contundentes sonetos “Fin y principio” y “La realidad exige” de la poeta polaca Wislawa Szymborska, llamando a renacer de las cenizas de la guerra: un estremecedor canto a la necesidad perentoria de recrear vida para dejar atrás las ruinas de bombardeos y hambrunas.

Los argumentos nos colocan frente a este debate de inmensa pertinencia, leído en Colombia tras la firma de la negociación de paz entre el gobierno y las FARC, en pleno proceso de implementación de acuerdos, y mientras aún están sentados en La Habana los negociadores con el ELN. El discurso que construye y soporta tales procesos es el de Derechos Humanos, que promulga como principios últimos e inapelables: la verdad, la justicia y la paz, tres principios que según la teoría, van de la mano y avanzan paralelamente. Para iniciar todo proceso de paz, es perentorio que todos los actores de la guerra den testimonio verídico sobre lo sucedido, así se conoce la verdad de los hechos para juzgar los crímenes y garantizar la paz duradera. Estos tres principios se plantean como un círculo virtuoso basado en el planteamiento de Kant, que tiene a la justicia como el valor humano más elevado, aquel que debe defenderse sobre todas las cosas, un imperativo categórico moral.

El enfoque de derechos humanos está basado en la ley y el derecho, sus representantes juristas persiguen la verdad y la memoria para llegar a la paz. En este escenario, el perdón y el olvido son considerados símbolos por excelencia de la impunidad, la cara de la vergüenza y la derrota. En el caso de Auschwitz, se dice que el olvido equivaldría a la victoria definitiva del enemigo. Pero, de manera instigante, Rieff pregunta: ¿debe defenderse la verdad como principio supremo incluso si el precio es

la paz misma? Para él, la relación entre verdad, justicia y paz es una relación hostil, especialmente en aquellos casos, cada vez más comunes, en los que no hay un claro vencedor militar; allí, a la senda clara de los tres principios le aparecen vericuetos, parecen surgir verdades y justicias e, incluso, se hace posible que una acción de justicia con unos, pueda ser de injusticia con otros.

Para pensar así, hay que desmontarse del pensamiento moderno, del idealismo legalista y de Kant. Solo de esta manera puede entenderse que la justicia nunca es completa y que la temeridad brutal de la realidad impone sobre ella la necesidad desesperada del fin de la guerra. En ocasiones, el llamado febril de los activistas de derechos humanos por justicia y verdad completas y absolutas, puede eclipsar la paz y alargar la guerra. La historia muestra que la paz duradera a veces avanza a pesar de la injusticia y, pese a no ser la condición ideal, se vuelve real. Tal es el caso de Yugoslavia y, es probable que llegue a ser también el de Colombia. En la página 70 se lee:

“[...] para quien vivió la guerra toda paz, toda terminación, no importa cuán injusta, a la incesante imposición de muerte, sufrimiento y humillación era preferible a la continuación de la masacre [...]” (p. 70).

Quizá una de las experiencias humanas más fuertes de intensidad vital, sea justamente la de la guerra: la experiencia de la violencia y el encuentro exacerbado con la muerte, el miedo que no cabe en el cuerpo, la desconcertante valentía que despierta el deseo de vida y bienestar, la incontrolable inmersión en sensaciones vertiginosas que son la materia prima de todos los sentimientos. Es una condición difícil de imaginar y es notable que este escritor nos hable desde ese lugar.

Parados allí, efectivamente, en ocasiones la paz puede llegar a ser hostil a la justicia y la ‘hipertimesia’ colectiva no resulta una condición favorable al fin de la guerra. El autor no prescribe con esto un Alzheimer moral o una supresión del culto a los muertos, y sí que el culto a la vida y la paz se sobreponga al de la tragedia y, para ello, propone una ‘ética del olvido’, como él la llama, que consiste en olvidar lo necesario para garantizar procesos de vida sanadores. Es una propuesta atrevida, porque controvertir principios de los derechos humanos puede ser considerado políticamente inadecuado, por parecer promover la impunidad y el olvido absoluto, pero no se trata de eso.

Justicia debe haber, así como verdad, y los perpetradores de crímenes de guerra deben ser juzgados por sus actos e, idealmente, pedir perdón a sus víctimas. En ningún momento desconoce el poder sanador que

tiene el perdón, vía reconocimiento de los crímenes por parte del victimario y las disculpas ofrecidas ante sus víctimas, no obstante, el perdón a veces no es suficiente. Algunos niveles de olvido también hacen parte del proceso de superación de la tragedia, y son necesarios para que las comunidades puedan seguir caminando la historia con la mirada fijada hacia adelante y no hacia atrás. Este planteamiento es ajeno al discurso hegemónico de Derechos Humanos.

En Cien años de Soledad, Gabriel García Márquez narra con majestuosidad el modo como un evento traumático masivo, la masacre de 3000 personas por parte del ejército para defender a la Compañía Bananera extranjera de la huelga de trabajadores, fue simplemente borrada de la memoria histórica del pueblo al imponer la versión oficial que afirmaba, reiterada y redundantemente, que la compañía nunca había existido, ni sus trabajadores, ni la masacre. El único sobreviviente y testigo recordaba lo sucedido, pero carecía de credibilidad entre la gente que lo consideraba trastornado. De ese modo se manipuló la memoria para volverse historia oficial, negar los hechos y mantener impunes los crímenes cometidos. No es esto lo que promueve aquí David Rieff, pues el olvido tiene por condición haber conocido y recordado ciertos hechos –varias versiones de hechos– ocurridos: sólo se olvida lo que alguna vez se ha recordado, lo contrario sería negación.

El olvido es un proceso que ya ha recordado, por ello, es también un proceso que lleva tiempo y que permite construir nuevas realidades. Así, la tesis de este ensayo no debe ser entendida en el sentido de promover la impunidad, sino la sanación y la vida. Yo sugeriría otro nombre al libro: La potencia del olvido.

Curioso que un rasgo común entre fascistas y multiculturalistas, sea el culto a la eterna reminiscencia, consideran inseparables identidad y memoria y al Estado

como paladín del monopolio de la memoria (aunque en constante disputa y pese a que los recuerdos generan sentimientos incontrolables –como todos los sentimientos–, con los cuales no se sabe bien qué hacer). No vale la pena recordar si el costo es la paz. En un mundo donde los conflictos y las guerras dibujan la historia humana, entre la memoria histórica de la verdad y la posibilidad de vivir en paz en el interior y con los demás Estados, podría elegirse la segunda, hasta porque tal vez eso pueda implicar inventar otro modo de escribir la historia de nuestra especie.

El llamado a las comunidades y defensores de derechos humanos, es a recordar lo suficiente para no olvidar el olvido, y poder vivir construyendo el presente sin resignarse a ser el despojo de sí mismo, o convertirse en las ruinas remotas de lo que la memoria alcanza. Al recordar demasiado y demasiado bien, con demasiado apasionamiento las heridas, corremos el riesgo de convertirnos apenas en las huellas del paso del tiempo, de eclipsar la capacidad creativa del presente y cobrar al infinito las eternas deudas impagables. Como lo veo, se trata también de aceptar que la vida es irreversible y las heridas que fueron existirán para siempre. Pero la irreversibilidad es también una campanada de esperanza, porque lo que fue herida es hoy cicatriz, señal que aún vivimos; la herida, a pesar de los pesares, no fue mortal. “Contra la memoria” es una invitación a perder el miedo de olvidar los dolores, para permitirnos recordar la potencia del presente.

Referencias

1. Borges JL. Funes el memorioso. En: Artificios. Alianza Cien. Buenos Aires, Argentina: Emecé Editores; 1956.
2. Rieff D. Contra la memoria. Bogotá, Colombia: Ed. Debate; 2012.